

Institución, Arte y Crítica en Honduras, posibles miradas

Salvador Madrid

He de decir que me parece abismal la empresa de querer arrastrar la **II Bienal de las Artes Visuales de Honduras** al tema de la Diáspora de una manera tan determinista; pues creo que los apremios de nuestro arte son otros. Aún no logro estipular en el arte hondureño que tan determinante ha sido el tema, y si realmente, es el más importante de discutir en el contexto de esta Bienal, puesto que, desde mi punto de vista, las tareas de discusión para este caso son otras, no digo que más urgentes, sino indispensables, tales como la naturaleza de nuestro imaginario artístico en cuestiones de estricta visión estética como la universalidad de la obra, su validez en el diálogo entre sus signos y nuestra realidad, sus tareas de asirse dentro de un contexto mayor, su autonomía y autenticidad y el hecho de formular un discurso donde lo conceptual y el texto den paso a un arte más verdadero y definitivo.

La Diáspora no sólo consiste en *irse*, sino en *volver*, y en todo esto las razones son más complicadas que la noción del viaje y del movimiento. Utópicamente la Diáspora es lo imposible, ella encierra abandonar algo, una tierra, un país, un lugar que se ha creído simbólico con el transcurso, pero cuya primera naturaleza es tan real como una fruta. Y lo de *abandonar* tampoco puede entenderse como la acción de *dejar*, todo lo contrario, la Diáspora supone que no hay desarraigo, sino una condición basada en la pérdida y sostenida en el tiempo o en el imaginario con la imagen del regreso. Y a veces, si *irse es morir un poco*, volver es perderlo casi todo.

Hay grandes obras en la literatura y en el arte que han escogido este centro; uno al analizarlas debe apartar el trajín de experiencias en un viaje, el contacto con nuevas tecnologías, el cruce de experiencias nuevas, o el traspaso del libre discurso artístico entre artistas e instituciones, pues eso no es Diáspora, puede que sean elementos que formen parte de ella; pero no pueden ser vistos como

diásporas, sino como la experiencia que un individuo interioriza como su propia necesidad o deshecha por voluntad propia.

A esta altura, en Honduras, el andamiaje institucional ha hecho enormes esfuerzos por enraizarse; por ello al hablar de la institucionalidad tengo que enunciar algunos aspectos que me parecen valiosos de discutir: Una institución no es un punto de llegada ni de partida; es una estancia de un proceso que puede darnos grandes lecciones como el orden, la organización, la historia, la orientación para acercarnos al arte; pero no para tener visiones deterministas del arte, ni para que los artistas, poco acostumbrados a este referente (en el caso local) pierdan su carácter, se les cargue con un programa artístico y terminen haciendo lo que dice una institución y sus estatutos. Una institución debe evitar ser un señuelo, debe levantarse como un camino a seguir, pero no debe negar otros caminos; sino caemos en una trampa, harto conocida, y es la de los artistas educados y bienmandados; y por otro lado, la del artista rebelde que no se deja llevar. No me arriesgaré aquí a decir en cual de las dos orillas podemos encontrar un arte autentico, porque ambas orillas nos pueden dar sorpresas y decepciones.

Las instituciones encargadas del arte en Honduras deben aprender a dialogar no sólo con sus proyectos o con los artistas de su elección, sino con todo el hacer artístico: arte-crítica-investigación. Me preocupa esa noción del **evento** en casi todas las instituciones hondureñas, la del espectáculo y del diálogo superfluo. Hay que superar al **evento** y asumir la noción de **proceso**. Y por supuesto, las libertades institucionales tales como sus propuestas sobre la orientación de un evento, un concurso, un proceso, no deben ser tan arbitrarias, cerradas y discutidas por unos cuantos, es decir, por su insigne burocracia. Si una institución lo hace de tal modo, deja al margen todos los hechos artísticos que suceden en el arte de un país.

Hemos presenciado los últimos eventos del arte hondureño, sus salones repletos de abarroterías, la vergüenza de *exposiciones fantasmas*, o la aventura con tres cosas colgadas en una pared, nada más para obtener un

requisito y puertas abiertas en las flojas bases de eventos mayores, hojalateros pirotécnicos o como decía Pablo Zelaya Sierra: **medalleros**. Poca cosa.

Y he conversado con los que aún tienen ese hermoso hábito: Carlos Lanza, el crítico hondureño, cuyo trabajo no es reconocido y que ha sido el compañero de quienes descollaron en la década de los noventa me comentó que **yo trataré de no arriesgarme más en esto de los eventos, porque todo es fragmentado y subjetivo, a veces uno se encuentra malas obras de grandes artistas y otras veces un novato sorprende con una obra y luego no produce algo que valga la pena**. Entiendo a Lanza, su postura, lejos de la decepción, es el resultado de los intentos fallidos por crear un frente generacional que ofrezca, tal como se espera, una versión del arte con valores universales.

Otra trampa es la del llamado artista joven, ¿hasta donde y hasta cuando se es artista joven y hasta donde hay que seguir insistiendo en ellos?. Yo creo que es mejor ofrecerles espacios de reflexión y de gestión cultural donde según su intensión y posibilidad hagan sus proyectos, se den cara a cara con su talento o con su carencias y así las instituciones se evitan de ser niñeras de artistas para toda la vida. Y es que hay que ir al arte universal para entender esto, Juan Carlos Mestre, un poeta español con el que hablábamos de estos temas, me dijo un día: *después de Rimbaud todos somos artistas viejos...*

En el caso de la Crítica y la Institución, pienso que se deben afrontar unos retos mayores, tales como amalgamar un discurso crítico disperso a nivel nacional, formar un espacio de entera discusión del arte, no ver la crítica como un adorno o como un látigo voraz.

Un crítico vuelve siempre sobre su visión del arte, le apuesta a algo; su naturaleza esencial no es siquiera la alerta o la presteza para orientar. Creo más bien que la crítica a estas alturas en que nuestro contexto exige mayor observación, mayor investigación y mayor documentación, tiene como tarea demostrar, en primer lugar, su validez ante el arte, obviar la mera ilustración, la compañía, su hechizo bufón, su versión de aval, las conductas referenciales y

explorar con ánimo, desde la teoría misma, la naturaleza de lo que se hace hoy en Honduras. Sino veamos los textos críticos de los eventos, casi todos son complacientes, casi todos, en su hábito retórico pirotécnico son alabanza de la destreza de quien la escribe, pero nunca llamados a la reflexión y miradas intelectuales. Es más, cuando se leen estos textos uno sabe que el crítico se estuvo escuchando a si mismo y no a la obra de arte que era su objeto final; y que, en todo caso, si hay un logro es la descripción crasa de un texto artístico que ayuda al ya perezoso lector de arte.

La cuestión es que la crítica no tiene tareas de justificación, sino de apreciación, su esencia es reveladora porque admite la posibilidad de dar cuenta del arte y su discurso. Pero la *Institucionalidad Arte* en este país la ha mandado a la periferia, y lo otro, más grave, a rebuscarse entre la curaduría irrisoria, empírica y sin autoridad alguna frente a la institución patrocinadora o ante el artista. Pues no nos hemos percatado aún que el ejercicio curatorial es sobre la obra de arte y no sobre lo que el artista dice. Estamos en un país donde un sociólogo del arte sería feliz haciendo un análisis de las obras contadas, narradas, aquí hay más artistas con obras pensadas que hechas, lo que no es dañino cuando es un proceso mental de un artista, el problema es que ahora la moda es nada más contarlas y el curador seguramente dice: ***me has contado bien tu obra, es un gran cuento, entonces será una gran obra.***

Otra cosa aún más falsa en el trasiego arte-institución-crítica, es la percepción basada en la democracia más que en la inteligencia: cualquier persona de insalvable formación coge al azar unas piezas de arte y desde ahí sesgadamente determinan a un artista, niegan su propia evolución o simplemente borran a otros. Por supuesto que esto es pérdida, absoluta arbitrariedad.

Una pregunta central en este texto es ¿Los eventos de arte que existen en Honduras, realmente son una imagen confiable de la producción artística nacional? Y no quiero caer en el ligero entendimiento que cada evento de arte

debe confrontarnos con esa pregunta, que es a la vez un reto. Y otra pregunta central ¿Nuestra crítica es apenas un muestrario de los conceptos de un crítico, una carta de presentación a las instituciones o un texto esperanzador para no dañar la autoestima de los artistas? Y otras preguntas ¿El artista nuestro en que se empeña más? ¿En hacer arte? ¿En ser un cuerpo biográfico donde hay poca obra y muchos requisitos? ¿Qué es lo importante para ellos, su formación, sus riesgos, o su fichita de vida acumulada? ¿Hacen cosas para estar cerca de los paradigmas que definen instituciones centroamericanas y reciclar obras de arte, o para crear signos propios? No es cierto acaso que las últimas exposiciones de Arte Contemporáneo, a excepción de **Sociedad Ilícita** de Adán Vallecillo, están *más cerca de la nada que de la nada*. Por cierto, los eventos hasta hoy, si de un análisis de procesos se trata, apenas nos dan unas mínimas versiones sobre los artistas. Por ejemplo, un Santos Arzú ha estado ahí, en los eventos, pero también en su proceso, es decir, las obras que de él hemos visto no se proyectaron como marginales sino como centros, nunca fueron pensadas como posibles requisitos sino como obras de arte. Lo mismo Adán Vallecillo, Ezequiel Padilla y Alex Galo.

Se nos presenta hoy el espacio, la **II Bienal de Artes Visuales de Honduras**: yo pienso con sinceridad, sin juzgar las obras que hoy se exhiben, que hay que ser más exigentes respecto a los artistas y obras que han desfilado y desfilarán; para el caso las bases deben ser más inexorables y la misma institución debe ser catalizadora del discurso de los artistas, observadora, compiladora y no promotora de requisitos. El reto de Mujeres en las Artes **MUA** debe elevarse; en lo personal creo que la tarea es ser referencia y no trampolín para adoptar artistas, pues este será, según avizoramos, el lance más emblemático de nuestro arte en el futuro próximo. La Bienal de las Artes Visuales de Honduras debe tener mayores instrumentos de reflexión cuyo centro sean la vuelta sobre nuestro arte, alentar a la creación de una revista de crítica y permitir a los que hacen la tarea crítica participar con entereza en el proceso de la Bienal; visualizar al crítico hondureño, darle su lugar desinteresadamente, hacerle ver que no es una cuota simbólica de poder, sino la posibilidad que estén donde deben estar: al lado del arte.

La funcionalidad y estructura de esta Bienal deben ser permanentes y no sólo los meses en que la muestra estará ante nuestros ojos y así evitar ese dulce desfile de ridiculeces a las que se llaman exposiciones individuales cuyo objetivo malicioso es tener el requisito para enviar piezas a este evento y con ello aspirar a otros espacios a nivel centroamericano.

A estas alturas cuando parece que la sintonía de nuestro Arte Contemporáneo con las manifestaciones continentales es lo más preocupante, cuando nuestros artistas aún no entienden su responsabilidad con el arte y su historia y la historia, cuando asumen que materialidad novedosa es sinónimo de comunicación, que ser trasgresor es ser contemporáneo y actual, que su aparición en los eventos es lo más cercano al éxito, que el reconocimiento mayor deben ser sus ocurrencias inmediatas y no ese solitario instante cuando al fin de sus manos o sus ideas surgió una obra de arte y que es ahí, en ese bienestar íntimo, auténtico y vital donde está el éxito; yo creo que debemos volver sobre la producción nacional y valorarla desde unos cimientos intelectuales que se confabulen con lo que hemos logrado en nuestro circuito.

Puede que mi apreciación sobre Arte, Crítica e Institución, resulte para muchos atrasada y conservadora; sin embargo, me arriesgo y digo, que desde mi punto de vista, es una de las discusiones que nunca se resolvieron, ni se afrontaron por aquello de quedar mal con la burocracia artística, con los cuatro críticos de arte ya conocidos y los pocos artistas que valen la pena en este país. Volver al tema, no es caminar de nuevo, es desandar, desanudar nuestros pasos para verificar si estamos de frente al futuro o nada más le estamos haciendo un guiño.

Salvador Madrid

Curador independiente, licenciado en Letras con orientación en Literatura de la Universidad Pedagógica Nacional Francisco Morazán. Es fundador y coordinador del Colectivo de Poetas de Honduras “Paísesposible”, y coordinador del proyecto audiofónico “Versofónica”, del sello editorial “Il miglior favor”, proyecto “Papel de Oficio” (SCAD –Paísesposible). Ha ganado el Premio de Poesía de la UPN (1996), el Premio de poesía Juegos Florales de Occidente, Santa Rosa de Copán, Honduras. Ha publicado artículos y ensayos en diferentes revistas nacionales e internacionales.